

ADMINISTRACION.

6, PINO, 6,
BARCELONA.

PUNTOS DE SUSCRIPCION

BARCELONA.

En la Administracion, 6, Pino, 6, y en las principales librerías.

MADRID.

San Martín, Puerta del Sol, 6, y en el resto de España y Américas en casa de todos los corresponsales de esta Administracion.

PARIS.

C. Borani, Rue Saint Péres, 9 y Ha-vas Fabre, place de la Bourse, 3.

LONDRES

Eug. Micoud & C.ª 139. Fleet Street. F. C.

MILAN.

Para toda la Italia, Fratelli Dumolard.

Pedidos y reclamaciones á la Administracion, 6, Pino, 6, Barcelona. Pueden hacerse las suscripciones desde fuera, dirigiéndose á la Administracion y acompañando su importe en sellos de correo.



PERIÓDICO POLÍTICO JOCO-SÉRIO

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

LA MOSCA, número corriente cuesta 15 céntimos de peseta en toda España.—Queda absolutamente prohibido á los revendedores exigir un precio mayor por ella.

PRECIOS de SUSCRIPCION.

BARCELONA.

Tres meses. 8 Rs.
Seis meses. 16 »
Un año. 32 »

PROVINCIAS.

Seis meses. 20 »
Un año. 40 »

ULTRAMAR Y ESTRANJERO.

Seis meses. 40 »
Un año. 80 »

NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS.

En el resto de España, 15 Cs. de Pta.

NÚMERO ATRASADO,

En toda España, 25 Cént. de Peseta.

REGALOS A LOS SRES. SUSCRITORES

Todos los suscritores recibirán el número envuelto en una elegante cubierta, papel de color, conteniendo un extenso catálogo de las últimas novedades bibliográficas. Además, verificándose la suscripción por año, pueden obtenerse las ventajas siguientes:

- 1.º.—Receja de un 10 por 100 sobre todas las obras que publique la administracion de este periódico. 6, Pino, 6, Barcelona.
- 2.º.—Regalo del *Almanaque de la Mosca*, que se publica á fin de año.

EXPLICACION DE LA LAMINA.

Ahí les tienen Vds. sentaditos, celebrando fraternal banquete.

El *Divino Turpé*, se ha comido al país y procura contentar á sus *benévolo* enemigos, deudor y compañeros, dándoles á probar algo de lo que ha devorado, *que son tortas, ni pan pintado*.

Pero la duda germina en su conciencia y teme la traicion.

No cree en la sinceridad de la *benavolencia* y tiene sus motivos; porque ésta, debe de ser la *espada* de Bernardo ó la *corralina* de Amalorio, que ni corta ni disipa, pero asusta si se exige ésta ó si se apunta con aquella.

Si sus enemigos (los más *benévolo*) fueron suficientes en poder y número, ¿a papel dejaban la altiva melená que, parodiando la llama del genio, se cimbra en onduloso vaiven, á las biliosas saculinas del autor de la farsa.

Ocupando el centro de la mesa, disfrazado de Nazareño, cuando su verdadero traje debía de ser el de un débil.... *Cirino*, se le ve dirigiendo con compungido acento, la tristísima pregunta, reveladora de la traicion.

Cae esta como campanillazo en alboroto de Congreso, y aquí de las preguntas, indagaciones y miradas para describir el Secreto del Búlgaro. ¿Dónde está el traidor?

Protestas de adhesion, pruebas de cariño, frases de amistad, todo se confunde y se mezcla, promoviendo el tumulto natural en tales casos.

No hay *orden verbal* para dispersar el banquete y éste continúa en tan lamentable estado, hasta que, rendidos, por riguroso turno, cada uno expone lo que estima más conducente para patentizar su inocencia.

Principia *Albarcelá Gacho*, *no seas illa. Dime quien es y lo pongo al natural* *do veses y a un volapié... ¡loro a roar!*

Venancio (Don) *Aquí de mi teléfono. Dimela en secreto y te dire quien es*, *Quáizres*.

El grupo Moret, Sardolá y Deranger; *sonos benévolo*; no servimos para otra cosa.

Leon y Castillo: la dosis de *mediotis-ministerial* no me permite hablar aunque me lo aconsejen.

Martínez Campos: Respondo por mí y por mi *llorón*.

Castelar: *traidor*, *no* si fuera *evolucion*... me daría por entendido.

Navarro Rodrigo: *ningun traidor* *convida á thé*.

Y así van siguiendo todos de igual manera procurando manifestar su sinceridad y cariño.

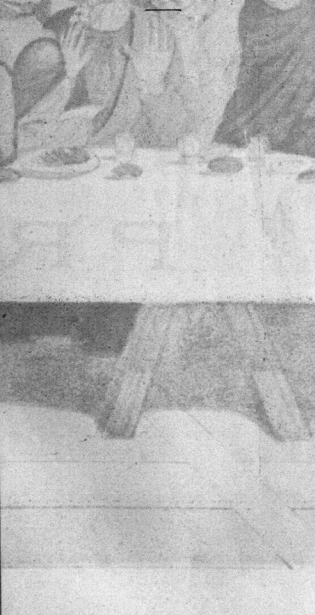
El *Maestra* de canales, caminos y puertos se engaña; su misma conciencia le hace traicion pues cree que tiene de

su parte á la opinion pública y esta no puede menos de condenar á quien desoye la voluntad de los pueblos, por intereses particulares y rencillas de políticos.

NAVARRO.



ÚLTIMOS SUCESOS



SÍNTOMAS DE LOCURA.

En una reunion democrática que tuvo lugar hace dias en esta capital, el distinguido doctor Sr. Giné, dijo entre otras cosas que *la suscipacia era síntoma de locura*, pues los locos desconían de todo.

No trajo, de ninguna manera, demeritar tal especie; pero sí, de presentar la cuestion, bajo la imparcialidad más absoluta, intentando probar que nuestra locura humana, precisamente, de nuestro cabalístico juicio.

Loco de esperanzas y ansioso de realizarlas el pueblo español puso su fe y su confianza en los pro-hombres de la Revolucion; y después de tanto tiempo trascurrido y puesto en practica sus legítimos ensueños, ha visto, con desencanto sin igual, que se ha venido á parar, poco más ó poco menos á lo que estábamos.

Más loco sería si aun creyera de buena fé, en la realizacion de sus decantadas libertades. Pero hora es ya de que así no sea, y si para la ciencia médica es loco el que de este modo piente, para la nacion es *cuerdo* el que así obra.

No hay duda, que la corriente escéptica que invade todas las conciencias; hace que desconfiemos de todo lo que no se ve; de todo lo que no se toca y de todo lo que no se *cuenta*; pero este escépticismo tiene clarísima explicacion y poderoso fundamento.

Ejemos, como punto de partida, la religion por ser la base de la Sociedad, para luego recorrer las elevadas instituciones del Estado.

Podremos ser católicos, según la Constitucion, pero descartemos de esta fórmula al individuo y busquemos sus creencias.

Si no nos niega rotundamente los más elevados dogmas de la Iglesia, *no* sale al encuentro, lanza en ristre, con infinidad de ejemplos, porcion no corta de datos y multitud de nombres, que en su conciencia han producido la indiferencia hacia todo lo divino y la desconfianza en todo lo humano.

Son síntomas de *locura*, tales ideas, ó es ser *cuerdo*?

Y no prosigo por este terreno, *no* sea que por ser loco, me alcance una excomunion que me ponga en tal estado rematadamente y *verde*, *verde* y de otros colores; como esas que han lanzado tan nerviosos como respetables prelados, multiendo en partes y en su todo, al hombre, obra de Dios, *menosprecian* en sus sabietas *reumáticas* y molestias *gotosas*, la bondad, la gracia y misericordia divina.



La cena del año próximo.

Repasemos de una ojeada la vida política de nuestros *pro-hombres*. Recordemos lo que dijeron ayer, para examinar lo que hacen hoy. ¿Pensamos como han ejecutado?... ¿o han obrado como decían?... ¡Contradicción en todo! Cada paso que han adelantado por la senda del progreso, ó han vacilado, por no tener conciencia propia de lo que sostenían, ó han retrocedido por cobardía y debilidad de espíritu.

¿Han defendido al país encadenado y libre los ausentes. ¿Escaros, los infundido valor para sacar de las garras que le oprimían y libre temieron que los devorara!

¿O pensaron libertario para encadenarlo ellos?... En uno y otro caso, ¿qué se le puede exigir al país? ¿No es legítima la suspicacia contra sus defensores?

Desde la gloriosa Revolución del 68, se han ensayado sistemas nuevos de gobierno, con malísimos resultados; planes financieros, que han tonificado la decadencia de la industria, narcotizando al comercio; diferentes maneras de ejercer el derecho de elección; y varios modos de administrar justicia: todos estos *sistemas*, *planes*, *maneras* y *modos* han hecho siempre y por desgracia efecto contradictorio.

La ley ceñida á la personalidad del gobierno, ha sido árbitro de las circunstancias: la Hacienda ha empeorado en su penosa enfermedad, siguiendo hoy en estado gravísimo y *delirando*, gracias á los *curativos* medicamentos del (para el caso) inmejorable Camacho: las elecciones, encomendadas á *San Exito*, sin un voto que legítimamente exprese la liberrima voluntad del ciudadano; la justicia vacilante, torpe, dominada casi siempre por el favor.

¿Qué efectos puede producir tal cúmulo de desdichas al país?... Varios síntomas de locura, según el Dr. Sr. Giné, puecan (con sobrada razón) desconfianza de los gobiernos, de los hacendistas, de la voluntad nacional y de la Justicia.

Si el sacerdote desoyera (como se refiere al cuerpo y solo cuando lo que ruede el alma; si el político, en vez de buscar el éxito personal, pensara solo en el bienestar común; y el ministro solo se afanara por la buena administración del país; y el juez en hacer cumplir la ley con recto proceder é inflexible conciencia... ¿Seríamos suspirantes?... Seguramente que no.

Nosotros seremos el efecto; pero hay que atacar á la

causa. Es forzoso ser desconfiados para que, vista nuestra desconfianza, se apuresen, los que quieran la estimación popular, anslando nuestros votos, á regenerarse procurando nuestra radical curación, conduciéndonos por sendas de progreso y tras adelantos positivos á la realización de las sublimes utopías.

Pero desgraciadamente esto no será así y creo que nuestra suspicacia no tiene más remedio que su término; la locura.

Algunos años hace, un *sable con cabeza* ó una *cabeza con sable*, dijo: *¡QUÉ ESPAÑA ERA UN FIESISTO SUELO!*. Ahora estemos seguros que dentro de algún tiempo más, paraseando aquella célebre y *acuratelada* frase y según el acento del Sr. Giné, podremos exclamar:

ESPAÑA ES UN MANICOMIO SUELO.

Un Alienado.

LÓGICA DEL NOMBRE.

—¿Dónde va usted en apurá,

mi compay y zeñó Diego,

—Pus voy á una diligencia:

á sacar un documento

para librar de la quista

á Custodio... ¡si es que pueo!

—Y quien es ese Custodio...

—Si es mi hijo, zeñó Pedro,

—Y por qué se llama así?

—Por que fue su nacimiento

un Corpus Christi... ¡Por exol...

—¿Porque ha nacido en Corpus

se llama así... ¡Ya entiendo

si le nace en jueves Zanto...

le pone oze... ¡monumentol

NAVARRITO.

PICADURAS.

Ya se han reunido las Sesiones.

Y a tender remedio las infinitas crisis que nos amenazan! Esto pensó todo español que creyó en la representación nacional. Pues, no señor: después del interregno parlamentario, volvieron los padres de la patria á las polemikas de siempre, esgrimiendo armas personales en defensa de vergonzosas causas.

Romero Robledo (con gracia según Sagasta) delató el

pego: el Sr. Conde Xigüena con franqueza de estudiante.

copé. Cánovas echó el resto y Venancio (Don) luchó con la contraria en puerta.

El país habla las veces de *hanguero* en esta patria y reconoce en el *aciete* la crisis, todas las frases del patio de la derecha y de la izquierda, sacadas en consecuencia que *el fuego probado, petardo en puerta...*

¡¡¡ Y morrocotudo que se lo largan al país!!!

Un constitucional probaba que había jugado menos que el Sr. Romero Robledo, diciendo:

—Si quisiera haberlo á soldadillo siendo niño, ni á húsares cuando adulto.

El Sr. Cánovas pidió la palabra con voz de trueno. Qui-

so decir *cuyo* y *mió*... poco.

No sé que necesidad había de prodigar con la voz, la dilatación de los pulmones. Como le han dicho Monstruo

tantas veces, por fin se lo ha creído. Hoy habla con voz de trueno, mañana se comerá los niños *crudos*,... y lo reventará!!!

Se ha estrenado en Madrid con mediano éxito la comedia titulada «El Arte de pedir». Si serán los autores (que creo son dos) inocentes.

Que pongan en verso las últimas tarifas y verán que ovarán.

Al pasar por la plaza de San Jaime la virgen de la Soledad, que iba precedida de un lucido acompañamiento, cayó un chaparrón mayúsculo, decía un congregate.

—Se necesita una fe inequívocamente para soportar el chubasco.

—No; lo que se necesita es un buen paraguas.

Ha fallecido el ex-general Carlista Dorregaray, (q. e. p. d.)

Pobrecillo; no pudo presenciar el acto de subdación á favor del Señorío Jaime y subcubio!

Sacristeño n.º 804,237; han robado lo Iglesia de S. Salvador de Píñica.

NAVARRITO.

CHARADA.

Si *primera* caliente,
también *tercera*,
confortable es dos; y el todo
es... ó no es un calavera.

BLANCO.

La solución en el próximo número.

IMPRESION LA RENAISSANCE, XUDLÁ, 13, RAJOS.

MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALISTA POR EL DOCTOR

EMILIO SOLA

vedad, empieza la historia, que voy á contar desde luego que no me gustan mucho los preámbulos.

El nuevo y admirado rol señañaba las nueve menos cuarto. No era de noche, ni llovía: todo lo contrario, y además era sábado. Los sábados son días señalados, para el hospital. Como el reglamento prohíbe la entrada pública en los días festivos, la gente acude numerosa para despedirse de sus parientes y amigos enfermos á quienes no podrá ver hasta el lunes.

Había en el patio central mucha animación. Las grandes escaleras que conducen á los departamentos estaban llenas; una multitud compacta, formada en su mayor parte por familiares, que por cariño ó por compasión se dignaba visitar á su sirviente ó su vecina, consolándolas con buenas palabras y algún regalillo de los que el Reglamento no tiene prohibidos.

Sin embargo, nadie hubiera dicho que aquella multitud expectante fuese á presenciar dolorosas y enjugar lágrimas y repañar conoídos, porque la gente que movían unos y otros, desde el primero al último escalón era tanta, que más parecía aquello un *infitro* de diversion ó fiesta, que grupo humano dispuesto á entrar en sitio de ayres y congojas.

Daba mayor pábulo al bullicio del público, el continuo ir y venir de los practicantes con sus cubitos ó blusas ribeteadas de ungüentos y mugre, el subir y bajar de los *hermanos*, *hermanas* y enfermeros de ambos sexos, cargados de botellas, jarras y mil clases de utensilios, las infinitas bromas de un centenar de estudiantes que paseaban por el patio, esperando la visita de algún profesor, los cantos estruendos de algunos loco que por ser simplemente imbecil ó monomaniaco gustaba de libertad descontrolando por allí con su escoba ó su regadera, los cochés que llegaban á la puerta de la oficina conduciendo algún pobre enfermo, y contribuyendo á ese *total* *voluntum* el llanto y los exagerados lamentos con que

una mujer expresaba su pena al oír del cura oficinista la senda y desgarrada frase: «Si señor: ayer noche fulcúo vuestro marido, no hay más que conformarse y encomendarlo á Dios».

Los estudiantes ocupaban el patio, recorriéndolo de uno á otro extremo, y recibiendo con fruición el tibio calor que les regalaba un sol de Febrero asaz *avanzado* y mortecino. Algunos formaban grupos para leer un periódico de color subido, otros repañaban sus lecciones, otros hablaban de los bulos y de la importancia social de las llamadas *suripantas*, otros discutían sobre el darvinismo entonces de moda, y otros se entretenían en la ridícula tarea de echar piperos de mal gusto á ciertas mujeres, con frases recusadas y *hameadas*, de cuya molestia llovía no se libraban ni las hostosistas y ascéticas hermanas del Hospital que habían de pasar rozando con aquellos pequeños tenorios del Colegio de Medicina.

Sonaron las nueve; un relojino humano sacudió la regularidad del movimiento de la gente. Las injurias otro igualmente impetuoso se inició en la de las mujeres, y todo el mundo entró en las enfermerías.

Ambas escaleras quedaron casi desiertas. En el patio continuaba disperso el numeroso grupo de los alumnos que esperaban la visita de Clínica médica, grupo que insensiblemente fue creciendo y *añanándose* en sus diversas partes.

Había entre los estudiantes tres jóvenes que examinaban con curiosa atención una puerta muy vetusta y *rajada* que cierra un antiquísimo establo ó corral del patio. Cerca del corral está la capilla. Las injurias del tipo de los hombres habían desvenado la madera, y en los trozos de tabla todavía lisos y enteros pintados de color que quizá había sido verde, se destacaban algunas líneas hechas con yeso, cuyos trazados eran á todas veces parto de infantil travestimiento. Uno de ellos representaba un *guerrero*, pero todo un *guerrero* de muchacho, con su celada de cuadros, su espada hecha con dos rayas en cruz, sus manos de pincel, su bigote de sanguijuela y sus piernas de alambre; más abajo había un oblongo con cuatro prolongaciones inferiores á modo de patas, un disco irregular en un extremo y una cola en el otro, cuya figura, aun cuando el tierno pincel había acompañado de la consabida frase: «esto es un burro» trabajo le hubiera costado al menos idem *adivinarlo* siquiera; en otros sitios de la puerta, los muchachos, ó quizá los grandullones habían escrito con pésimas letra algunas palabras del repertorio soez, que no

trasladamos aquí porque el Diccionario de la Academia ni las pone ó no las recomienda.

Pero no era esto lo que tanto atraía á nuestros tres estudiantes: en medio de aquella confusión de muñecos, rayas y disparates, se veía claramente la siguiente fórmula:

A+C=9.

La letra era evidentemente de mujer, y se conocía, por la consistencia del yeso, que el escrito era reciente, al revés de los mencionados disenos casi borrados por las lluvias y el polvo.

El más joven de los estudiantes que contemplaban con estrafalera este geroglífico, tenía 20 años; se llamaba José Sales, era *flaco*, escurrido y ligeramente barbado. En su rostro, ni feo ni hermoso, se pintaba una vivacidad extraordinaria; hablaba mucho y rápidamente, así es que sus palabras se atropellaban unas á otras quedando mal trechas é incompletas, falta grave que los consejos de sus amigos no pudieran curarle jamás.

Tenía más talento que aplicación y sabía aprender la sustancia de los libros desafiando todo el sutil y engañoso, cosa que muchos catedráticos no suelen hacer, aunque podrían hacerlo. Pulcro en el vestir, él no obtenía poco espacio de su modo el bien pastado, miraba de sus haberes en guantes desde el Noviembre al Abril. No se le conocían vivencias, ni emociones, ni queridas.

Alejandro Puente, que se hallaba con Sales examinando la fórmula, contaría unos 23 años, rostro simpático, redondo y infantil, patillas rubias á la inglesa, nariz roma con prevenciones de *clara* y ojos lánguidos y dulces, desgraciadamente orlados de rojo por efecto de una congestión intemperada, de raza escrofolosa. Ha medido en un sobriedo felposo y largo, de color encendido, y cubría su *esférico* cráneo con sombrero de copa alto abollado en ciertos puntos, pero de forma elegantísima. Alejandro Puente, era el alma de los cafés, de las reuniones de chispa y de los alborotos estudiantiles. Rico y bien emparentado, desahaba el dinero, no conocía el orgullo y mas bien alternaba con sus compañeros pobres, que con los que iban al aula repleto el bolsillo. Poseía un talento fenomenal y lo derrochaba como cosa baldí. Algunas veces, sus compañeros le habían visto abandonar todo lo relativo á la Medicina para pasarse días enteros leyendo las obras de Voltaire, y los diez últimas páginas de *El Quixote*, y se le habían visto trabajos que las artes arquitectónicas debían á Viller-